

ELOJIO HISTORICO

DEL

ILUSTRISIMO SEÑOR

DON MANUEL VICUÑA,

PRIMER ARZOBISPO DE ESTA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE SANTIAGO DE CHILE.



1843.

Imprenta de la Opinion.

ELOJIO HISTORICO

DEL

ILUSTRISIMO SEÑOR

DON MANUEL VICUÑA.



Subiendo al sagrado altar dió gloria á la vestidura de santidad y cuidó de su pueblo, y le libró de la perdicion. *Eclesiást. cap. 50 ver. 12 y 4.*

NO hai una idea mas consoladora para la triste humanidad ni que tenga una tendencia tan directa con sus inmensas aspiraciones, como la consideracion de la dignidad á que ella misma puede elevarse por el ejercicio constante de la virtud. ¡Con que interes no leemos ú oímos referir los diferentes rasgos de bondad, de benevolencia, de magnanimidad que se encuentran esparcidos en la historia, y cuanto placer hallamos en admirarlos! Pero si acontece que estos diversos rasgos se vean reunidos en una misma persona, formando aquel conjunto armonioso y perfecto que constituye los verdaderos héroes del cristianismo, si el objeto sobre quien han recaído tantos dones del cielo nos es conocido y en cierto modo nos pertenece; entónces nuestra admiracion se convierte en entusiasmo; nos apropiamos su gloria: queremos conocerle en detalle y estudiar, por decirlo así, este modelo que la Divina Providencia se ha dignado presentarnos: por otra parte al considerar que estas mismas virtudes han crecido y se han perfeccionado bajo el influjo de la relijion, la fé parece tomar á nuestros ojos mayores grados de certeza, la esperanza se afirma en el alma, y comunicándola nuevos consuelos la dá un aliento jeneroso para continuar con constancia la dolorosa prueba de la vida. A estas reflexiones nos ha con-

ducido naturalmente la reciente pérdida de nuestro ILUSTRE ARZOBISPO, arrancándonos lágrimas amargas y exultándonos con viveza la idea de sus eminentes virtudes. Pero creeríamos faltar á uno de nuestros mas sagrados deberes, si sofocando los impulsos de la gratitud, nos limitásemos al movimiento involuntario de una estéril sensibilidad. Es preciso esparcir algunas flores sobre su sepulcro, hablar de él para edificacion de la posteridad y dar un lenitivo al dolor presente, pagando este tributo á su memoria. Invoquemos pues nuestros recuerdos y procedamos á diseñar lo ménos imperfectamente que nos sea posible el interesante cuadro de su laboriosa vida.

Nació el Ilustrísimo señor don MANUEL VICUÑA en esta ciudad de Santiago, de una distinguida familia el dia 20 de abril de 1778. La belleza de su rostro y una dulzura particular de fisonomia trasmitida por su virtuosa madre, parecieron anunciar desde su nacimiento las extraordinarias gracias con que le previno el Cielo; y la inclinacion á la piedad y al estudio, que se advirtió en él desde que tuvo conocimiento, indujeron á sus padres á dirigir con el mayor esmero su primera educacion. No les dejó mucho que hacer la índole jenerosa y claro entendimiento del amable educando. Hasta los inocentes juegos de su infancia presajieron su vocacion apostólica; y no bien llegó á la edad correspondiente cuando le pusieron en el colejio convictorio de San Carlos, donde en breve terminó la reducida carrera de estudios que se cursaban entónces hasta recibir el grado de bachiller en sagrada teolojia. Su recojimiento, su modestia y la regularidad de su conducta, le atrajeron desde luego el respeto de todos sus concolegas y su devocion ejemplar fortificada con el uso frecuente de los sacramentos, fué sin duda una éjida poderosa contra la tempestad de las pasiones. Desconoció totalmente los entretenimientos juveniles; pero supo hermanar esta estremada rejidez con unas modales tan dulces y tan atractiva franqueza, que desde entónces echaron raices entre él y sus compañeros, aquellas tiernas amistades, que tan útiles le fueron en lo sucesivo para sus piadosos designios y que supo conservar miéntras vivió. El estudio y el retiro formaban sus delicias, y de tal modo vivia desprendido de lo terreno, que se negó con obstinacion á

recibir el grado de doctor en teología; bien sea porque temiese hallar en este acto algun oculto lazo para su amor propio juvenil, ó porque creyese que un corazon lleno de Dios debia ser superior á toda gloria mundana.

Convencido de que el Cielo le habia escogido para sí, abrazó el estado eclesiástico, siendo tal el ascendiente de su fervor que muchos amigos suyos siguieron su ejemplo; resueltos á consagrarse al ministerio apostólico á que le conocian tan decidida inclinacion. Con el nuevo estado creció su devocion á tal punto que no era posible verlo sin sentirse penetrado de respeto á su persona. Desde luego se advertia en la espresion de su rostro una mezcla singular de dignidad, de modestia y de emocion, que parecia revelar la existencia de un pensamiento grave y tierno, que predominaba en su mente sobre todos los demas; y que siempre en la presencia de su Dios sentia por él como los serafines tanta reverencia como amor. Cuando celebraba el sacrificio de la misa, se veian correr de sus ojos devotas lágrimas, y el involuntario temblor de sus manos á la elevacion de la sagrada víctima, atestiguaba la fé viva de que estaba penetrada su alma. Empero todas estas extraordinarias gracias tenian un centro determinado y le inspiraban una pasion ardiente y jenerosa que vivificaba toda su existencia: el zelo por la gloria de Dios y la salvacion de sus prójimos.

La estinguida compañía de Jesus, habia dejado en Chile un vacío inmenso, y al mismo tiempo una memoria de bendiccion que los años no podian borrar. Su templo abandonado iba á reducirse á escombros. Los habitantes del campo ya no escuchaban la voz de sus misioneros, ni rødeaban estos hombres de Dios el lecho del moribundo para darle los últimos consuelos. La estension de nuestras parroquias aumentando las atenciones de los curas no les dejaban tiempo suficiente para vacar á la instruccion del pueblo á medida de sus necesidades; y en fin las nuevas ideas que preparaban la revolucion, exaltando las cabezas eran un objeto constante de distraccion que no permitia fijarse en nada concerniente á la piedad y mejora de las costumbres. El señor VICUÑA sintió no solo el deseo, sino tambien la fuerza de remediar estos males. Tomar á su cargo un curato, dirigir un cierto número de

almas, habria sido en algun modo estrecharse y poner límites á un zelo que no los conocia. Emulo de los enviados del Señor, salió por los campos y villas en compañía de otros jóvenes sacerdotes á repartir la divina palabra, y Dios derramó con liberalidad sus bendiciones sobre estos primeros ensayos de su zelo. Tomó bajo su proteccion la iglesia de la Compañía con el título de su capellan y en poco tiempo, merced á la cooperacion de otras personas piadosas, la puso en un regular estado de aseo y de decencia, estableciendo en ella varias distribuciones y prácticas en que se atendia no ménos á la instruccion relijiosa, que á mantener viva la preciosa llama de la devocion en los corazones de los fieles. Los jóvenes sacerdotes asistian constantemente en esta iglesia al confesonario, al púlpito, y á las conferencias sobre puntos de moral y otras materias análogas á su profesion. No contento con haber establecido las misiones dos veces per año en la Compañía, salió á darlas por los estramuros de la ciudad, buscando á ejemplo del Divido Maestro, á los pobres y miserables, y parece que aun resuenan los acentos de su voz penetrante en la plazuela de San Lázaro y otros sitios de esta capital donde recordamos haberle oido muchas veces en los primeros años de nuestra infancia, recibiendo de sus palabras de fuego impresiones relijiosas que no se borrarán jamas.

Habiale dotado la naturaleza de un órgano de voz puro, lleno, sonoro y flexible, y reunia á una pronunciacion perfecta, un lenguaje limpio y correcto. Familiarizado con las santas escrituras habiase apropiado en cierto modo su estilo; y ménos se ocupaba de citar los testos, que se servia como sin pensarlo de aquellos vivos coloridos y aquellos jiros elevados y majestuosos de que tanto abundan los sagrados libros. Si reprendia los vicios, si anunciaba los terribles castigos de la justicia divina, era con la voz tremenda de Isaías ó los lúgubres acentos de Jeremias. Si hablaba del último dia del mundo parecia escuchar como San Jerónimo el sonido de la terrible trompeta. Si era la eternidad el tema de su discurso á todos sus oyentes agoviaba la inmensidad de este pensamiento sublime. Pero si exitaba á los pecadores al arrepentimiento y á la penitencia, era entónces el buen pastor corriendo por los ame-

hubs campos de la misericordia del Señor; en pos de la oveja perdida, y empleando para llamarla voces tan dulces como las sentidas quejas de la esposa, ó los melodiosos acentos del Rei profeta. Al opinar de este modo nosotros seguimos nuestro propio juicio formado por las impresiones que en diversos tiempos hemos recibido: pero cualquiera que sea el concepto que una severa crítica haga de las prendas oratorias del ARZOBISPO, no vacilaremos un momento en colocarle entre los buenos oradores cristianos, ménos aun por las dotes ya mencionadas, que por aquella uncion divina que acompañaba sus palabras y el ascendiente supremo que ellas ejercian sobre los corazones; y en efecto ¿como habian de ser débiles los argumentos que partian de una conviccion tan íntima, ni opaco y ténue el colorido de sus pensamientos, siendo sus emociones tan vivas y tan profundas? Y ¿podrian recibirse con indiferencia las amonestaciones del Sacerdote Santo, cuyo pecho trasparente, por decirlo asi, nos descubria su ardiente caridad, y cuya vida ejemplar era una noble y segura garantía de la sinceridad de sus palabras? Convergamos pues en que elegido por el Cielo para apóstol de la iglesia chilena, él mismo le habia concedido en alto grado, el don de conmover, de persuadir y de inspirar. Pero volvamos á tomar el hilo de nuestra interrumpida narracion.

Los acontecimientos funestos de los años 14 y 15 en nuestro pais, son tan conocidos, que nadie deberá ignorar fué aquel un tiempo de prueba para los habitantes de Chile, hechos el blanco del odio de sus opresores. No emprenderemos analizar los sentimientos patrióticos que sin duda alguna habian en el corazon del señor VICUÑA aunque embalsamados por su caridad; pero recordamos muy especialmente que penetrado de zelo por el bien de las almas y deseando por otra parte alijerar los sufrimientos de sus compatriotas, una de las noches de la mision de la Compañía, convidó para el dia siguiente á su auditorio anunciando que la materia del sermon seria mui importante. Llenose con efecto el templo, y entónces pronunció un excelente discurso sobre el perdon de las ofensas con tal fuerza y uncion, que arrancó lágrimas á todo el concurso, saliendo de alli, unos arrepentidos de sus malos

procederes y otros dando mil bendiciones al que armado solo de las verdades relijiosas, osaba levantar la voz en medio de los gritos de la persecucion, y demandar en nombre del Dios de paz el consuelo para sus oprimidos hermanos.

No es ménos digno de recuerdo otro rasgo de caridad de nuestro ARZOBISPO. Concluida la accion gloriosa de Maipú que afianzó nuestra independendia, dispuso el Gobierno, se trasladasen los heridos del campo de batalla al hospital de San Borja, para que allí recibiesen la asistencia que requeria su situacion. Verificose con prontitud y dos mil y tantos hombres incluso los prisioneros fueron trasportados en el estado mas deplorable, hallándose el hospital desprovisto de recursos para tan crecido número de dolientes. Fué necesario apelar á la caridad pública, y al momento se colectaron auxilios en abundancia para los pobres guerreros. Las señoras sobre todo manifestaron en esta ocasion su tierna sensibilidad, presentandose ellas mismas, para curar y servir á los enfermos; pero el que las presidia en estas obras de caridad, animándolas con sus dulces palabras y con sus edificantes ejemplos, era el señor VICUÑA. Ora se le veia junto al lecho del moribundo, oyendo su confesion y encaminando su alma al Cielo, ora ministrando á otros el alimento por sus manos: ora á ejemplo de Fenelon ayudaba á vendar las heridas de un veterano; ó bien como otro Javier descendia en su ayuda los mas abatidos ministerios. Esta clase de actos tan conformes á su extremada humildad eran familiares al señor VICUÑA desde sus mastiernos años, y era facil conocerlo en la brevedad y gusto con que los desempeñaba. Así este árbol plantado á la corriente de las aguas, daba sus frutos segun las sazones y los tiempos, y á medida de las necesidades. Pero aun le quedaba mucho que hacer, en los designios de la Divina Providencia.

El torrente de irreligion que inundó la Europa á fines del siglo pasado habia salido de madre y sus impuros raudales penetraban hasta en nuestro Chile, este suelo vírjen, cuyos habitantes llenos por la mayor parte de una fé pura y sencilla no hubieran imaginado algunos años ántes hubiese hombre bastante atrevido para atacar de frente los fundamentos de nuestra creencia. Oyéronse con asom-

bro proposiciones impías. Viéronse aparecer una multitud de libros perniciosos, y los nombres de ciertos autores, por desgracia célebres, eran repetidos con entusiasmo por la juventud alucinada ó por aquellos hombres que aspirando al concepto de sábios, despreciaban lo que no conocian, y pretendiendo trabajar por la dicha del jénero humano, ahondaban el abismo de infelicidad en que iban á precipitarse para siempre. Por otra parte la excena tumultuosa de los negocios políticos conmoviendo todas las pasiones y relajando los vínculos de la sociedad, amenazaba con el olvido de Dios y la total corrupcion de las costumbres. Es fácil comprender lo que debió sufrir el alma relijiosa de nuestro digno SACERDOTE en esta peligrosa crisis. ¡Cuantas noches pasaria ante las aras santas implorando el remedio para tan graves males! Cuantas lágrimas derramaria en la presencia del Señor! Al fin debió ser oido; lo cierto es, que la caridad y la prudencia le inspirau de consuno un proyecto, que no tardó en realizar, y de cuyo acierto son buenos testigos los felices resultados que hemos visto.

Las exigencias de la guerra habian obligado al Gobierno á ocupar en otros destinos la antigua casa de ejercicios de la Olleria, y su falta consternaba á la parte piadosa de los habitantes de Santiago. El señor VICUÑA heredero de un injente patrimonio, resolvió emplear una porcion considerable de él en la construccion de una casa de ejercicios, á fin de oponer un dique á los males que de otro modo no le era dado remediar. Allí se retiró a vivir no cansándose jamas de repartir la palabra del Señor y trabajando de un modo poco notable á los ojos del mundo, pero ciertamente mui eficaz, en la reaccion de los buenos principios y en el triunfo de la fé.

Los observadores lijeros no ven por lo comun en los ejercicios sino una práctica piadosa, reducida cuando mas á exitar en los ánimos débiles ciertas impresiones de temor que se disipan fácilmente y que no producen ningun efecto sólido ni útil. ¡Pero cuantos se engañan! Atraer fuertemente la voluntad ácia el bien por los móviles poderosos de la razon y las verdades reveladas, es y ha sido siempre el objeto esclusivo de los ejercicios. Un padre de la Iglesia decia, que era mejor ver nuestras propias faltas que todas las maravillas del universo; y los mas grandes filo-

sofos y moralistas de todos los tiempos han convenido en el fondo de esta idea: ahora preguntaremos nosotros, ¿la esposa, la madre ante cuyos ojos se ha desplegado el cuadro de la eternidad, y que durante ocho dias ha oido eficaces exortaciones sobre la importancia de unos deberes que tal vez desconocia, no volverá á sus hogares mas solícita por la educacion de sus hijos y la moralidad de toda su familia? El jóven ¿no se apartará de sus malas compañías; la doncella no dejará sus libros peligrosos: y en fin las jentes de cualesquiera edad ó estado no sacarán alguna impresion saludable, alguna resolucion que influya en su ventura y la de la sociedad? Ademas ¿quién no ha sentido alguna vez la necesidad de detenerse en la carrera de la vida para sondear las inclinaciones de su corazon, y echar una ojeada sobre su conducta á fin de nivelarla con aquella pauta eterna que Dios ha puesto dentro de nosotros mismos? ¿Quién no suspira por alijerarse del peso del remordimiento ó por lo ménos del de los cuidados que le sitian por todas partes en el torbellino del mundo? ¿Y habrá medios mas adecuados, ni mas felices para llenar estos objetos que los ofrecidos por una relijion que bendice las lágrimas, y convida á los que estan cargados y fatigados para aliviarlos en sus trabajos y alentarlos con sus consuelos? Pero dejando aparte los raciocinios ¿cuantas restituciones hechas, cuantos odios extinguidos, cuantas injusticias reparadas no hemos visto á consecuencia de los ejercicios? Perdónesenos por tanto la breve apolojia que hemos hecho de una institucion tan estrechamente ligada con la vida del ilustre ARZOBISPO que consagrado durante 26 años á este piadoso ejercicio se habia adquirido por él, aun antes de ascender al Episcopado, el título honroso de padre espiritual y maestro de todo el pueblo Chileno.

La expatriacion del Illmo. señor don José Santiago Rodriguez acaecida en 1825 habia dejado sin Pastor nuestra iglesia y los resortes de la administracion no marchaban tan espeditos que no presentasen algunas dificultades y dudas á las conciencias timoratas. Llegó el conocimiento de estos sucesos al Sumo Pontifice Leon XII, que orientado ademas de las esclarecidas prendas del señor VICUÑA juzgó conveniente nombrarle Obispo de Cerán y Vicario Apostólico de esta santa iglesia. Todo Chile aplau-

dió con entusiasmo una eleccion que galardonando el mérito prometia al mismo tiempo los mas felices resultados. Solo el señor VICUÑA la reprobó en términos que casi se rindió al peso de su dolor. Desconfiando modestamente de sus aptitudes para cargo de tanta responsabilidad, le habria renunciado gustoso, si las instancias de sus deudos y amigos, y los votos de un pueblo que le adoraba no le hubiesen obligado á reconocer la voluntad del Cielo. El 21 de marzo de 1830, fué ascendido á la augusta dignidad del episcopado, no cesando de dar en todo el curso de su vida, pruebas irrefragables de la acertada eleccion de su Santidad.

La esplosion de la guerra civil se hizo sentir en el mismo año con el mayor estrépito y estuvo cerca de envolver en sangre toda la República. La familia del Obispo arrostraba en esta terrible lucha los mas serios compromisos; mas no por eso se desmintió en lo menor su prudente manejo, ni aquella santa imparcialidad que no le dejaba ver en las diferentes facciones que se ajitaban otra cosa que su amado rebaño por el que imploraba incesantemente el bien inestimable de la paz. Querido y respetado de todos los partidos, ni la persecucion ni la calumnia osaron turbar su reposo. Hasta la última clase del pueblo dió en aquellos aciagos dias una prueba de la veneracion que le profesaba. Habiéndose dirigido á la casa de San José, que era entónces la de su habitacion, una partida de forajidos y jente armada con el objeto de apoderarse de los bienes de algunas personas á quienes Su Illma. habia dado hospitalidad, golpeaban reciamente la puerta y disparando sus fusiles amenazaban derribarla. Conternadas las jentes que estaban dentro no sabian que hacerse ni adonde huir. Solo el señor Obispo conservó en aquel lanze su acostumbrada serenidad, y desoyendo las súplicas de los que intentaban detenerle, revestido de sus ropas episcopales se adelantó á la puerta que hizo abrir inmediatamente, y dirijiendose á la multitud, les habló con tal autoridad, que confundidos los malvados, no solo abandonaron su criminal desigño, sino que arrodillados muchos de ellos le pedian su bendicion.

Suscitáronse poco despues en el Cabildo Eclesiástico algunas dudas sobre la estension de las facultades del señor

Obispo. Sintiólo Su Illma. en extremo; pero tan ajeno de personalidades como de injustas y exajeradas pretensiones, en breve se vieron sofocados estos jérmenes de discordia, á efecto no ménos de su singular prudencia, que del amor que le profesaban aquellos mismos eclesiásticos, que teniendo opiniones diversas de las de Su Illma. sobre puntos delicados y controvertibles, se habian visto en la dolorosa precision de manifestar francamente su modo de pensar.

Despejado algun tanto el horizonte político, y expedita la marcha del gobierno de la iglesia, pensó en poner mano á varios proyectos que habia concebido para su mejor desempeño. Persuadido de que el medio mas seguro de lograrlo, es la eleccion de buenos ministros, dirijió á este fin todos sus desvelos. Examinaba por sí mismo á los ordenados y sometia cuerdamente su vocacion á repetidas pruebas. Trabajó con indecible constancia en la reposicion del Seminario Consiliar; é hizo construir á sus espensas una casa inmediata á la de su morada para velar por sí mismo sobre este nuevo plantel objeto de sus mas lisonjeras esperanzas. Quería que su clero fuese tan sabio como piadoso y que su educacion marchase á par de las luces del siglo en que vivimos: por esto es que no satisfecho con haber puesto aquel establecimiento en el pie brillante en que le vemos, tenia resuelto fabricar otra casa de retiro para los jóvenes que se sintiesen con vocacion al estado eclesiástico á fin de que se consagrasen allí esclusivamente á los estudios que requiere tan delicado ministerio.

Desembarazado algun tanto pensó en visitar el obispado; pero como nada podriamos decir á este respecto, que no haya dicho la Revista Católica en su número 4. copiaremos de ella el siguiente pasaje. “Dispuso (dice) la visita jeneral de esta vasta diócesis, y de tal manera que era necesaria la constancia infatigable del señor Vicuña, para no arredrarse en el plan de trabajos que se habia propuesto.—Marchaba una comitiva de predicadores y confesores para misionar en las parroquias visitadas, se examinaba con esmero la administracion parroquial en todos sus ramos, se tomaban datos estadísticos, y se administraba el Sacramento de la confirmacion con tezon á la inmensa muchedumbre que se presentaba—No habia hora segura de partida, ni lugar fijo de hos-

pedaje en el camino, cuando se presentaba algun infeliz á pedir los socorros espirituales de su ministerio. Un año empleó en tan penosas fatigas el señor VICUÑA en las dos épocas de su visita, y habria recorrido las parroquias á donde no alcanzó, si la muerte no le hubiese arrebatado tan pronto."

Erijida esta diócesis en metrópoli eclesiástica, fué presentado por el Supremo Gobierno para su primer ARZOBISPO y la Santidad de Gregorio XVI le instituyó por tal en su bula de 23 junio de 1840. El mismo dia que cumplian once años de su Episcopado, fué inaugurado en la dignidad metropolitana, vistiendo el palio en medio de las aclamaciones de toda la poblacion.

Se embarazan la imaginacion y la pluma cuando se trata de enumerar las eminentes virtudes de este Prelado ejemplar. Si la bondad de su corazon fué siempre manifiesta á todos, no lo fueron otras prendas que supo ocultar su modestia y que solo las ocasiones dieron con el tiempo á conocer. Tales eran su firmeza, su extremada circunspeccion en las deliberaciones y aquella prudencia admirable que respladecia en todos los actos de su administracion. Irresoluto porque era timorato, desconfiado de sí mismo porque era humilde; siempre tomó consejo de otros, aun sobre negocios de menor importancia; pero conservando de tal modo su independenciam que nadie pudo decir jamas ejercia predominio sobre su voluntad. Llamado por el Gobierno, ó por sus compatriotas á ocupar destinos importantes en el Consejo de Estado, ó en los Cuerpos Legislativos, siempre prestó sus servicios; pero extraño á los manejos de la política supo inspirar tan plena confianza á sus conciudadanos, que su nombre figuraba el primero de todas las listas formadas por diferentes partidos para las elecciones populares. Siendo su renta ménos que módica, no parece posible se estendiese á hacer grandes limosnas; y no obstante era difícil hallar un corazon mas compasivo que el del señor ARZOBISPO, ni manos mas liberales que las suyas. La viuda y el huérfano jamas le imploraron sin fruto. Cercenaba cuanto podia de sus gastos mas precisos para acrecentar el patrimonio de los pobres, y si por alguna cosa se afligia, era por no tener como subvenir á todas las necesidades. ¡A cuantas dencellas desvalidas sus-

trajo de los lazos de la seducción poniendolas en asilos decentes y seguros! A cuantos Sacerdotes indijentes y enfermos enviaba el alimento y el vestuario!. Que de escandalos evitaba con sacrificios pecuniarios que excedian sus recursos, y cuan crecidas sumas no invertia en la compra de estampas y libros inmorales que condenaba á las llamas, ántes que con su veneno infestasen los corazones inocentes! Hasta la tierna infancia le mereció particulares atenciones y á veces le vimos separar niñas pequeñas de la compañía del vicio, para ponerlas en casas de respeto. Nosotros podriamos referir hechos particulares en apoyo de cada una de estas aserciones, si no diesen de ellas un elocuente testimonio tantas lágrimas vertidas sobre su sepulcro, y tantas alabanzas tributadas á su memoria. Con todo no podemos terminar este cuadro sin fijar nuestra atencion en otras prendas de nuestro ARZOBISPO que eran como las flores de esta magnífica planta y el pulimento de esta piedra de inestimable valor. Queremos decir, su dulzura, su condescendencia, su cortesania, su tierno amor para con sus deudos, su consecuencia en la amistad y otras cualidades que tan interesante hacian su trato. Siendo un varon espiritual y abstraído de las cosas del mundo sabía no obstante llenar sus deberes de sociedad con afabilidad y gracia. Su humor era igual y aun festivo, cual convenia á la suavidad de su índole, y la paz interior de una conciencia tan pura. Amable y franco para con sus amigos, era en extremo bondadoso para con sus inferiores y aunque gustaba del retiro siempre estuvo dispuesto á dar audiencia á los que le buscaban para tomar sus consejos, ó exponerle sus necesidades, no habiendo querido jamas descargar en otros estos cuidados minuciosos de una caridad activa, que solo su tierno corazon sabia debidamente apreciar. Hasta los últimos períodos de su vida continuó dando ejercicios, por lo que podia decirse con toda propiedad, que él era el pastor bueno y que sus ovejas le conocian y escuchaban su voz; esta voz cuya suave persuasion, cuya dulzura eficaz era un verdadero iman para los corazones. Rodeaban su palacio una multitud de familias pobres, á las cuales daba gratuitamente habitacion. Habia establecido una escuela alli cerca para niñas y hubiera fabricado un asilo destinado á los eclesiásticos indijentes é inhabilitados

por vejez ó por enfermedad para el servicio del culto, si la muerte no hubiese tan pronto terminado su carrera. Pero estaba ya este precioso fruto demasiado maduro para el cielo; y el Señor tuvo á bien trasladarle de este destierro al paraíso celestial.

En efecto, á fines del año pasado de 842 una grave enfermedad se presentó con síntomas tan alarmantes, que le fué indispensable abandonar la Capital é ir á buscar aires mas propicios. Un triste presentimiento se apoderó de las personas que le rodeaban el dia de la partida. Los pobres lloraban amargamente á las puertas del palacio, y hacian ardientes votos por una vida tan preciosa; mas ya estaba decretado no debian volver á verle sino en los brazos de la muerte. Vanos fueron los esfuerzos de la medicina y los solícitos cuidados de la ternura y de la amistad. Viósele por muchos meses apurar con invicta paciencia la copa de los sufrimientos, no cesando durante tan largo período de aconsejar á su clero las virtudes evangélicas. El dia 3 de Mayo del presente año á las once de la mañana, despues de haber recibido los Santos Sacramentos, lleno de resignacion y de fervor entregó tranquilamente el espíritu á su Criador.

Y fué su muerte el sueño delicioso

Del discípulo amado

De Jesus en el seno reclinado.

Tal ha sido la edificante vida y el dichoso fin de nuestro primer ARZOBISPO, á quien podemos llamar con justicia columna de nuestra Iglesia, rejenerador de la moral, apóstol, hombre evangélico, y una de aquellas extraordinarias criaturas que honran la especie humana y son objeto de complacencia á los ojos del Eterno, cuya imagen divina reflejan en la tierra para consuelo de sus semejantes y estímulo jeneroso de la virtud. Pero en tanto que ceñido de una inmortal corona goza las celestiales recompensas, procuremos nosotros penetrar en el santuario de esta alma privilegiada y elevarnos al orijen de tan sublimes virtudes.

Mui copiosas debieron ser las bendiciones que Dios derramó sobre este justo desde que vino al mundo; pero estando la naturaleza humana tan llena de debilidades y defectos ¡cuantos contrastes no debió ofrecerle ántes de lle-

gar sublime grado de perfeccion ! Tal vez la historia de sus combates interiores y de sus triunfos sobre sus pasiones, no sería ménos interesante que la relacion de sus hechos; y si reflexionamos en su perfecta abnegacion de sí mismo, su extremada pureza y su ardiente caridad, no debemos dudar que su juventud particularmente, fué un campo de batalla, donde luchó contra sus afectos mas naturales, sometiéndolos valerosamente á la lei del espíritu y al imperio de la razon. Pero ¿cual sería la recompensa de tan grandes sacrificios? ¿Que dulzuras celestiales anegarian su alma! ¿Que alegría tan pura sentiria todo el resto de su vida, y que inefable consuelo al acercarse la muerte! Uniendo á la práctica de una moral perfecta la exaltada fé de un mártir, ni el fantasma aterrador de la duda sorprendió su mente, ni la ferrada mano del remordimiento se asentó jamas sobre su corazon; y si tal vez corrieron lágrimas de sus ojos, ó alguna nube oscureció su frente, fué al espectáculo del dolor y de la miseria: ó cuando su pueblo no guardaba la lei del Señor con la exactitud á que aspiraba su fervoroso zelo. Querriamos saber con que elemento podria formarnos un hombre semejante la árida filosofia, la moral del interes. Actos de beneficencia hechos de vez en cuando, uno que otro sacrificio dictado por el entusiasmo ¿podrán jamas compararse á este conjunto grandioso de todas las virtudes evangélicas, practicadas con indecible constancia durante mas de sesenta años de vida? Pedir á la moral del egoismo un modelo tan acabado, sería exigir de un hombre que animase un mármol, ó sacase un mundo de la nada, lo que no podria hacer, aun cuando tuviese la mano de Fidias, ó la inteligencia de Newton. Solo sobre la base incontrastable de la fé á la vista de un modelo divino y con la perspectiva de interminables esperanzas, puede nuestra frágil naturaleza elevarse á tan alto grado de dignidad; y si la religion de Jesucristo produce estos milagros, si ella sola posee el secreto de transformar los hombres en ángeles, es preciso confesar que en ella está la verdadera luz y el camino que conduce á la vida: porque nunca la felicidad ni la virtud pudieron ser hijas del error, cuyo imperio destruye el tiempo, y cuyas consecuencias son siempre funestas á la especie humana.

Sublime celestial y consoladora religion!. Tu eres el úni-

Co rayo de luz que iluminas las tinieblas de nuestro destino, la guia que nos conduce en el laberinto de nuestra doble naturaleza, el suave lenitivo que calma las ansias que producen en el corazon del hombre su inquieta curiosidad y sus insaciables deseos. Tu la que conviertes en dulzuras las adversidades y los sacrificios, y en fin la que despojas à la muerte del lúgubre aparato de su oscuridad y de sus terrores. Felices mil veces nosotros sí iluminados con el conocimiento de la verdad y alentados por el ejemplo de nuestro santo Pastor procuramos imitarle. Hechura somos todos de la divina mano, y el mismo valle de lágrimas habitamos que él honró con sus virtudes. Armonizemos nuestra voluntad con la del cielo, y será nuestra vida en el círculo de nuestros deberes y à los ojos de la Divina Providencia, semejante á la marcha de aquellos cuerpos celestes que jiran majestuosamente en torno del astro que los alumbra y vivifica, y la muerte el suave y misterioso crepúsculo de una dichosa inmortalidad.

